

## **Santa Rosa: un laboratorio de paz en el sur de Bogotá**

*Desde hace tres años, un grupo de exguerrilleros, exparamilitares y víctimas del conflicto armado trabajan hombro a hombro defendiendo los derechos de las víctimas de Santa Rosa, un barrio de la Localidad Cuarta de Bogotá, San Cristóbal, en donde todos conviven.*

### **Por María Camila Luna**

Entre ellos está Carlos Morales, ‘El Paisa’, un antioqueño de 40 años que conservó la bacanería y el ingenio de su ciudad natal, Medellín. De sus cualidades, la que más sobresale es la fluidez para conversar. Es buen narrador, pregunta y responde sin titubeos, con propiedad, y cuando la conversación se politiza más de lo debido sale con uno que otro chiste para amenizarla.

Pero ‘El Paisa’ tiene un punto de quiebre: su infancia. Al son del Ángel Perdido de Rodolfo Aicardi, que suena en un billar austero y vetusto que frecuenta, detiene el ritmo de su discurso, se toma un sorbo de gaseosa y, por el gesto afligido de su cara, sé que por su mente afloran un sinnúmero de recuerdos que después me cuenta: penurias familiares a causa de la pobreza, violencia de grupos armados en su rancho y anécdotas en selvas espesas y trochas recónditas que recorrió junto al ELN, una guerrilla en la que resultó más por presión que por convicción.

Después de una ráfaga de historias con los ‘elenos’ confirmo que el liderazgo es una cualidad que tiene desde que era niño, pues en menos de dos años de haber ingresado a las filas ya lo habían nombrado comandante de las milicias urbanas. “Pero me cansé de la guerra. En 1994 dije que a eso no le iba más”, dice Carlos. Pasó cuando se agotó de encarar el sufrimiento, de ver morir uno a uno sus seres queridos, así que aprovechó los diálogos de paz que adelantaba el presidente Ernesto Samper con el ELN y decidió desmovilizarse.

Después de dos años, las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) se cansaron de pedirle que se uniera a ellos y, para persuadirlo, le pegaron tres tiros que le dejaron las cicatrices que hoy tiene en el brazo. Pero Carlos aún se rehusaba a seguir dando bala con ellos, y por su negativa las AUC buscaron a su hermano hasta que lo mataron.

—Cuéntame sobre el día que hicieron la ocupación en Santa Rosa —le pregunto a ‘El Paisa’, y en seguida regresa su actitud dicharachera—.

—Éramos un grupo grande de víctimas, compañeros y madres cabeza de familia. Nosotros nos tomamos esas viviendas el 17 de mayo del 2013, porque hay mucha víctima del conflicto armado

engañada por el Estado, que les prometió casa y al final no les dio nada. Nos enteramos de que habían esas casas vacías en el barrio y allá llegamos —me cuenta él animado—.

Santa Rosa es un rectángulo multicolor lleno de casas y apartamentos que colindan con el bosque tupido de los Cerros Orientales. Cuatro calles amplias y empinadas dividen los bloques que componen el barrio: dos amarillos, uno rosado, otro azul y otro verde, escondido en la parte más alta.

De las 970 casas que hay, las paredes y escaleras de los últimos tres bloques están desgastadas por la humedad y cundidas de grietas, algunas tan grandes como las raíces de un árbol joven. En esos bloques estaban las 319 casas vacías que Carlos me cuenta llegaron a ocupar. Los propietarios las empezaron a abandonarlas desde 2007. Ese año el Consejo de Estado le ordenó al Distrito indemnizarlos, porque se comprobó que el barrio estaba construido en una zona de alto riesgo de deslizamiento.

En la iglesia, la única estructura que permanece intacta en Santa Rosa, le hablo por primera vez a un habitante del bloque verde que suele frecuentarla. Es moreno, alto y de trato afable. Después de unas horas me revela que también fue víctima de la guerra, y como el ambiente es propicio, yo también le hago mis confesiones:

—No, yo no vivo por aquí, soy periodista —le digo—.

—¿Y viene a averiguar del barrio? —me pregunta con premura—.

—Sí, de la experiencia de convivencia.

—Eso con el que tiene que hablar es con Don Hell, mi chinita. Si quiere la llevo —y caminamos juntos hasta el bloque azul, donde él vive—.

Al minuto de haber tocado el timbre nos abre Hellklek, un hombre canoso y delgado que mantiene la sonrisa en su rostro.

—Don Hell, ahí se la recomiendo, es periodista —le dice el hombre y se marcha—.

—Siga —me dice Hellklek. Y mientras veo al hombre alejarse entro con temor e incertidumbre—

De los que compraron en Santa Rosa desde que inició el proyecto, Hellklek es de los pocos que aún permanece. Después de hablar de historia del barrio, de los problemas de infraestructura, de la llegada de los desmovilizados y de la convivencia entre ellos, me doy cuenta que nada lo apasiona más que hablar de las necesidades de los habitantes. Aumenta el tono, se riega en prosa

y le imprime a su discurso un tinte político que aprendió de sus años rebeldes, en la Juventud Comunista y en el M-19.

—¿Cómo así, estuviste en el Eme? —le pregunto—.

—¡Sí! Ahí estuve, en pie de lucha, pero desde el frente político porque nunca fui a combatir.

—¿Y por qué resultaste allá?

—Desde la Juco me fui enrolando, con los tropeles, con las luchas, con la gente; me gustaba.

Hellklek conoció a Carlos en medio de la convulsión de la ocupación que hicieron en 2013. Después de largas conversaciones y de encontrar puntos comunes con su pasado subversivo, decidieron formar la Asociación de Desplazados, Personas vulnerables y Desmovilizados de Santa Rosa, una plataforma para defenderse los operativos que la Alcaldía Local y la Policía estaban organizando para sacarlos.

—Nosotros no íbamos a salir allá ni por el verraco, así fueran mil veces a atropellarnos, como ellos están enseñados. Yo les dije que necesitábamos unir fuerzas, que yo venía del ELN, pero que no importaba si fuimos guerrilleros o paramilitares, porque al final todos éramos colombianos y queríamos quedarnos —me dice ‘El Paisa’ sulfurado, y después de su intervención se acomoda en la silla rota del billar y se toma un sorbo de gaseosa a pico de botella—.

Al lado de la casa de Hellklek funciona la oficina de la Asociación, un lugar de paredes verdes y amarillas llenas de parches grises que se disipan por la escasa iluminación. En un sofá de tela roto y desteñido que tienen en la entrada para atender las visitas, Hellklek y Aida, otra líder de la Asociación, se ríen recordando anécdotas de las protestas y los eventos que han organizado.

Aida salió el 2014 de Sabana Grande, un corregimiento de Santander en el que tuvo que evidenciar algunos de los vejámenes inenarrables de la guerra.

—Yo vivía en un pueblito donde se paseaba la guerrilla. Luego llegaron los ‘paras’ y eso se volvió peor. A uno le tocaba atenderlos porque si no la llevaba. Un día, de los guerrilleros me mandaron a decir que en 24 horas regresaban por mi niño grande.

—¿Y se lo llevaron? —la interrumpo de forma abrupta. Perdida en el relato—.

—No, no. Yo me fui ese mismo día porque hace rato se lo querían llevar. No nos habían dicho así de frente sino por los laditos. Y con eso nos tocó salir de una —me cuenta ella—.

Lo que más sobresale en la oficina es el escritorio, un mueble de madera antiquísimo, atiborrado de cajas con documentos hasta el tope.

—¿Qué tanto guardan ahí? —le pregunto a Aida y a Don Hell—.

—Esos son todos los procesos que le llevamos a los miembros. En esta caja están los reconocimientos que les hacen como víctimas del conflicto. Aquí las ayudas humanitarias de las madres cabeza de familia, lo del Bienestar Familiar. Allá los carnés... —y así continúa Hellklek, enumerando mientras señala las cajas, algunas con los vértices rotos por el exceso de papeles—.

—¿Y cuántos son en total?

—400 —me responde él.

—¡¿400?! ¡Eso es casi la mitad del barrio! —le respondo sorprendida—.

—Ja, Ja, Ja. ¡Sí! Es un corre corre todos los días. Acá llega desde la mujer que la mordió el perro del vecino, la que el esposo le pega, la que necesita atención médica, la que no le ha llegado la ayuda humanitaria; ¡todo! —me cuenta Hellklek, con un tono que denota que disfruta su trabajo.

Después de 10 minutos de rebuscar en su celular, Hellklek encuentra las fotos de la protesta más grande que han organizado.

—El primero de mayo de 2014 fue un día histórico para el barrio: nos tomamos la Plaza de Bolívar —me cuenta Hellklek mientras me muestra las fotos.

—Reunimos a todos los de aquí y también hablamos con las víctimas de otros lugares. Todos estaban convencidos de que había que ir. Ya estaba todo listo. Estábamos emocionados porque la cosa era bien grande —recuerda Hellklek con una risa burlona.

A las nueve de la mañana empezó el plantón con 10 víctimas que llegaron al caballo de Bolívar. A las 12 se unieron otras 5, y hasta ahí llegó la ‘gran protesta’ porque los otros 80 que esperaban ni se asomaron. Después del desencanto, Carlos y Hellkerk contactaron organizaciones sociales de otras regiones para que se unieran a la causa. 6 días después, desde Meta, Antioquia, Nariño y Buenaventura comenzó a llegar el apoyo. “Alcanzamos a ser como 300. A veces los estudiantes de la Nacional iban a gritar un rato y se iban”, cuenta Hellklek.

El día que se fueron, Noticias Caracol informó que la salida de los ocupantes se había hecho “en tranquilidad y con plenas garantías para todos”, igual que la Alta Consejería. —Eso nos dieron almuerzo, nos pagaron el transporte, se despidieron de nosotros y hasta nos dieron para la gaseosa —dice Aida con un tono irónico y el ceño fruncido de la indignación—.

Aida y Hellklek tienen intacto el recuerdo de la expulsión y los abusos que cometió la Policía con la comunidad: —Allá se armó porque el Esmad les quitó las prótesis a los discapacitados.

Luego fueron por los niños que las mamás tenían en los brazos, chiquitos, a quitárselos para poder pegarles. Es más, a Carlitos le rompieron la cabeza y lo esposaron —recuerda Aida—.

Pese al ataque, las noches heladas y las demás incomodidades que pasaron en la Plaza de Bolívar, los miembros de la Asociación recuerdan esa toma con cariño. No solo por las ollas comunitarias, los gritos de protesta a una sola voz y las experiencias compartidas, sino de ahí salió su primer gran logro: un pliego de compromisos de la Alta Consejería que benefició a más de 200 víctimas del barrio. —Logramos que la gente recibiera las ayudas humanitarias que les prometieron, que el Bienestar Familiar y la Unidad de Víctimas por fin llegaran acá, que les dieran lo de la canasta familiar, salud y platica para proyecto productivo —cuenta Hellklek con orgullo—.

Después de dos horas compartiendo memorias en el mueble viejo de la oficina, Aida recuerda el ajetreo de la preparación del día de Navidad.

—Se me ocurrió hacerles unos pantalones bombachitos a las niñas y comprarles busitos a los niños, para darles ese día.

—¿Y cómo hicieron para pagarlos? —le pregunto—.

—Carlitos llamó a Piedad Córdoba y ella cubrió los gastos de los regalitos. Ya nos ha ayudado con varias cosas —me cuenta Aida—.

—¿Y cómo así que hacerles? ¿A todo el barrio? ¿Cuántos hiciste?

—Sí. Don Hell compró la tela y yo hice los que alcanzaron, 120 pantaloncitos. Los busitos sí los compramos —me responde ella, y sin preguntarle me detalla todo el proceso—.

Mientras Aida trabajaba a diario en pantalones, Carlos y Hellklek timbraron de casa en casa para recolectar lo del almuerzo. —Hicimos arroz pollo entre todos. Los niños quedaron felices. También compramos torta. Ese coliseo estaba lleno —dice Hellklek, mientras me muestra las fotos que confirman su testimonio—.

—Entonces, ahora conviven bien entre víctimas y victimarios en Santa Rosa —le pregunto a Carlos en las escaleras del billar, porque ya vamos de salida—.

—Sí. Eso de víctimas y victimarios ya no. Les hemos ido enseñando a las víctimas que ya borramos de nuestras memorias los fusiles y que sí se puede convivir.